

EL PLAN DE LA SALVACION

Lectura: Romanos 5:12-21

I.- INTRODUCCION

Es indudable que el tema que nos propone el Apóstol Pablo en estos capítulos de Romanos, es uno de los más profundos que existen y que nos plantea enormes interrogantes respecto a los propósitos de Dios cuando imaginó un plan para la salvación del hombre que le obligaba a venir a este mundo, dejando la gloria, tomar la forma de sus criaturas y hallado en esa condición, humillarse hasta la muerte de cruz (Fil.2:5-8). Sin embargo, y a pesar de ello, también debemos decir que la consideración de estos hechos que no alcanzamos a comprender, provocan en los creyentes la alabanza y la gloria que nace de corazones rendidos a sus pies e infinitamente agradecidos por tanta misericordia y bondad. Porque así como dice un autor cristiano, que semejante plan jamás podía habersele ocurrido a ningún hombre, ni siquiera a un ángel; de la misma manera, podemos afirmar que, una vez que lo hemos conocido y aceptado, constituye para nosotros la maravilla de los siglos. A diferencia de los incrédulos, se llamen ellos judíos, a quienes les resulta piedra de tropiezo, o gentiles, para los cuales era locura, para los redimidos es potencia y sabiduría de Dios (1 Co.1:23-24).

Por otra parte, debemos destacar el hecho cierto que las consecuencias prácticas de esa propuesta divina, es decir, la aplicación de la salvación al hombre que la acepta, es absolutamente sencilla y aun los niños pueden entenderla y realizarla; lo cual también asevera lo dicho anteriormente, en el sentido que solamente Dios podía imaginarlo y realizarlo. De manera que el rechazo que tantos seres humanos hacen de la salvación que El les ofrece, nada tiene que ver con su falta de capacidad para comprenderla; por el contrario, resulta accesible a los humildes y vuelve locos a los sabios.

II.- IMPOSIBILIDAD HUMANA PARA ALCANZAR LA SALVACION

Aquello que terminamos de afirmar en el párrafo anterior, es la consecuencia del orgulloso corazón del hombre, que desea alcanzar la salvación a través de su propio esfuerzo; además, esta es la razón por la cual todas las sectas y religiones falsas tienen una propuesta totalmente opuesta a la revelada en la Biblia, por cuanto siempre se fundamentan en las capacidades del hombre para hacer u ofrecer algo. Precisamente allí está el engaño diabólico, pues sabe que apelando al ego de las personas, tendrá éxito y las podrá alejar del verdadero y único camino de la vida eterna, que sólo encontraremos en las Sagradas Escrituras.

Desde luego que este tema está directamente relacionado con aquel que hemos tratado en la lección anterior, donde afirmamos que todos los hombres tienen clara conciencia de sus propios pecados y llegan a conocer al Creador a través de la naturaleza, sus propias conciencias y la revelación divina al hombre, transmitida en forma oral o escrita. De manera que, cuando alguien se encuentra ante la realidad de la muerte y deberá presentarse frente al ser infinito, santo y justo que lo ha colocado en este mundo, no puede alegar ningún mérito; puesto que todos somos pecadores y estamos absolutamente destituidos de Su gloria e imposibilitados de alcanzarla; porque es evidente que no tenemos capacidad de corregirnos, ni siquiera de limpiarnos de nuestras faltas. Es decir, la certeza de nuestra afirmación proviene de un enfrentamiento real y sincero con la realidad de nuestra existencia y los reclamos de una conciencia a la cual no podemos acallar, puesto que permanentemente nos está acusando delante del Todopoderoso.

III.- JESUCRISTO EL UNICO SALVADOR

Frente a ese desolador panorama, la Palabra nos ofrece la única y suficiente solución: ser justificados gratuitamente, por la gracia divina, por la redención que es en Cristo Jesús; al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre (Ro.3:24-25). Y aquí aparece la tapa del Arca del Pacto que tenían los israelitas, porque precisamente se llamaba el propiciatorio y era el lugar donde el Sumo Sacerdote, una vez al año,

debía derramar la sangre de los animales que había matado fuera del lugar santísimo, que precisamente era una figura del santuario celestial. Dentro del arca se encontraban las tablas de la Ley, de manera que solamente el propiciatorio tapaba aquello que condenaba al hombre, puesto que por las obras de esa Ley ninguna carne podía justificarse (Ro.3:20); era absolutamente indispensable cubrirla con la sangre del Nuevo Pacto que se derramó por toda la humanidad.

Si hubiese habido otra forma de redimirnos, Dios jamás hubiera enviado a Su Hijo para morir en nuestro lugar; de allí que, aceptar esa propuesta del Padre celestial, es la única posibilidad que tiene el hombre de salvarse y El de perdonarnos; porque si quitamos la tapa del arca, quedamos frente a la sentencia acusadora de la Ley que nos dice que somos pecadores, y consecuentemente nos corresponde la muerte. De manera que, ante esta disyuntiva, tenemos que rendirnos, porque de lo contrario estamos bajo esa maldición y entonces, aunque Dios desea salvarnos, no puede hacerlo, porque hemos rechazado el medio que El tiene para perdonarnos, no solamente porque lo determinó de esa manera, sino porque es el único, no existe ningún otro. Insistimos: toda otra propuesta que nos hagan, es un engaño diabólico, y como tal debemos rechazarlo de inmediato.

IV.- LA SALVACION ES UNIVERSAL

En toda la Biblia tenemos numerosos textos que nos hablan claramente respecto a la invitación divina para alcanzar la salvación; pues ella es para todos los hombres, de todos los tiempos, razas, condiciones sociales, etc., etc. (Is.55:7; Ez.33:11; Mt.11:28; Mr.16:15; Ro.8:30; 1 Ti.2:4-6; Ap.22:17). De manera que, si estas son las manifestaciones de un Dios perfecto, justo y santo, en todo su ser y obras, cuando dicha propuesta es rechazada, debemos concluir que ello depende pura y exclusivamente de la voluntad humana, que no quiere aceptarla; de otra manera haríamos mentiroso al Creador y esto sería una blasfemia. Aun podemos decir que, en Su presciencia, El conoce de antemano quienes aceptarán el mensaje de Salvación y también aquellos que lo han de rechazar; sin embargo, ordena a sus hijos predicar el Evangelio a todos los hombres y el Espíritu Santo redarguye de pecado al mundo entero (Jn.16:8-11).

Pero aquí se hace necesario hacer una distinción, puesto que si bien la gracia divina alcanza a todos los seres humanos, el mismo Señor ha establecido leyes, las cuales están en un todo de acuerdo con Su santa naturaleza y buena voluntad; en consecuencia, no puede transgredir aquello que El ha determinado y, en este sentido, el hombre ha sido creado libre, de manera que nunca será compelido a recibir una salvación que no desea. Es decir, Dios es omnipotente, pero no puede obrar nada que esté en contra de sus atributos morales; de allí que no existe ninguna contradicción entre su anhelo de que todos los hombres sean salvos y la condenación para quienes desprecian la obra de la redención.

En cuanto a las posibilidades que cada persona tiene de conocer la propuesta divina, ello depende pura y exclusivamente del Señor; pero en este, como en todos los casos, no debemos olvidar que El siempre actúa con estricta justicia y que jamás hace acepción de persona (Hch.10:34); en consecuencia, serán invitadas tantas veces como sea necesario para que la acepten o rechacen definitivamente.

V.- LOS MEDIOS PARA ALCANZAR LA SALVACION

En los capítulos leídos en este libro de Romanos, como en tantos otros pasajes escriturales, se establece claramente que la salvación, en todas las dispensaciones desde que el hombre pecó, se obtiene por la fe en el Señor Jesucristo. Pero es también evidente que nadie ha de hacerlo si previamente no se reconoce un pecador y necesita arrepentirse delante del Creador. En consecuencia, esa es la manera como lo hicieron todos los creyentes, aun los anteriores a Abraham, a pesar de que la Biblia lo considere el padre de todos ellos (Ro.4:16), en razón de que allí se constituye el pueblo de Israel, que es una figura de la Iglesia de Cristo. Pero insistimos, cuando Adam y Eva desobedecieron al Creador, fue necesario que El mismo les explicara la forma en que podían salvarse, matara los animalitos

que representaban al Cordero divino, derramara su sangre y los cubriera con sus pieles (Gn.3:21). Desde ese momento, la tradición oral permitió a sus descendientes conocer el camino de la redención, y así Abel lo aceptó, siendo el primer héroe de la fe (He.11.4); mientras su hermano pretendió ser justificado por sus obras y recibió la condenación eterna (Gn.4:3-7; 1 Jn.3:12).

Naturalmente que la fe tuvo, tiene y tendrá, distintas manifestaciones de acuerdo con el tiempo que le toque vivir a cada persona; así, antes de la venida del Señor se demostraba ofreciendo sacrificios que representaban al Mesías prometido; esto se realizaba en los altares levantados por los padres de familia o cabezas de tribus, hasta que fue construido el Tabernáculo (Gn.8:20-22 y 46:1). Luego eran los sacerdotes los encargados de hacerlo, por sí mismos y el resto del pueblo (Lv.caps.1 y sig.). Pero una vez que Cristo murió en la cruz, la salvación es, como antes, por pura gracia, pero en este caso no se requiere esa demostración visible, pues el perfecto y santo sacrificio ya fue realizado. Esta manera de salvarnos permanecerá hasta el arrebatamiento de la Iglesia, entonces, y durante la gran tribulación, será necesario no dejarse marcar por la bestia, ni adorar su imagen, o quizá ser muerto, para demostrar la fe en el Redentor; mientras que en el transcurso del Milenio deberán obedecer en todo al Rey de Gloria que vendrá a gobernar esta tierra.

VI.- ENSEÑANZAS

1) Debemos alabar a Dios por haberle conocido y a Cristo como nuestro Salvador y darle gracias por el tremendo privilegio que tenemos de pertenecer a Su Iglesia, esposa del Cordero (Ef.1:3-6).

2) Tenemos que sentir la necesidad de predicar a los perdidos un poderoso mensaje de salvación que rompa la dureza de sus corazones; especialmente de nuestros familiares (Ro.15:18-21; 1 Co.9:16).

3) Hemos de hacerlo con toda la urgencia que reclama esta hora postrera, mostrando a las almas el peligro que se cierne sobre ellas por el pronto arrebatamiento de los creyentes (Lc.14:23; Jud.23).

4) Nuestra obligación es llevar el Evangelio a todos los hombres, sin distinción, procurando que lo acepten, orando por ellos y sufriendo, si es necesario, por causa de Cristo (Mr.16:15; Hch.8:4).